

duin tecum sum tanquam bellator fortis: idcirco cadent et infirmi erunt (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Funestas consecuencias del desaliento, considerado con relación al celo.* Enerva todo su poder. En él no hay ni rigor sacerdotal, ni energía de resoluciones. Se cree que por cuanto es mucho lo que hay que hacer, no se debe hacer nada, y se ve hasta con frialdad la perdición eterna de las almas. Si el pastor no pone ya resistencia al furor de los lobos, ¿qué será entonces del rebaño?

PUNTO SEGUNDO.—*El desaliento es con frecuencia culpable en sus causas:—Orgullo.* Se buscaba la propia gloria; no se ha conseguido nada, cayendo en el desaliento. Se contaba más sobre sí mismo que sobre Dios, no se tenía el convencimiento de la propia nada. Es preciso desesperar de sí mismos para esperar todo de Dios.—*Ingratitud.* Si pensara yo en los favores de que me ha llenado y me llena Dios, esperarí aun contra toda esperanza.—*Flojedad.* Se encuentra más cómodo el decir: *Esto es imposible*, que el ensayar y poner manos á la obra. Se procura dormir en la molicie ó en la inacción antes que hacer esfuerzos.

PUNTO TERCERO.—*El desaliento es siempre irracional en sus pretextos.—Mi pueblo es malo;* pues eso mismo debe inflamar vuestro celo.—*Trabajo sin éxito ninguno;* ¿de qué lo deduces? ¿Mide acaso Dios la recompensa según el éxito? *Es imposible conquistar á hombres tan perversos;* para vos, sí, pero para Dios todo es fácil.—*No tengo lo que se necesita para este empleo;* mayor motivo de confianza: *Infirma mundi elegit Deus.*—*Hace mucho tiempo que espero en vano el fruto de mis trabajos;* esperad todavía. No os pertenece el señalar á Dios los momentos de su gracia.— *Si no retrocedo sucumbiré;* ¿Cuán envidiable sería entonces vuestra suerte!

(1) Memorial. vit. sacerd. c. 64.

MEDITACIÓN LX

El celo en acción: conversión de la Samaritana

- I. Su trabajo.
- II. Su resultado.

PUNTO I

El trabajo del celo en la conversión de la Samaritana

Hallamos en la conducta del Salvador con esta mujer todas las cualidades del verdadero celo, las que han sido el argumento de las meditaciones anteriores. Tres especialmente se muestran más notables: la industriosa actividad, la discreción, y la condescendiente suavidad.

1.º Jesús deja una comarca y va á otra (1): pasa de una á otra conquista. *Decís que la cosecha será después de cuatro meses, y yo os digo que ya está pronta (2);* para un obrero digno del Evangelio siempre es tiempo de cosecha, porque hay siempre colecta que hacer. Cuántas almas ¡ay! sólo aguardan nuestro afán, nuestros cuidados, para salir del vicio ó para adelantar en la virtud! *Convenía,* dice S. Juan, *que Jesús pasase por Samaria.* Sí, Señor, era necesario en cierta manera: la caridad guiaba vuestros pasos; allí teníais dada cita á un alma que estaba predestinada á ganaros otras; salvarla era una necesidad para vuestro Corazón: *Oportebat eum transire per Samariam (3).* ¡Oh Buen Pastor!, no ahorráis viajes ni fatigas, para que vuelva al redil la oveja extraviada: *Jesus ergo fatigatus ex itinere sedebat.* Era la hora sexta (4), la mitad del día había pasado ya; no había que perder ni un solo instante.

(1) *Reliquit Judæam, et abiit iterum in Galilæam.* (Joan., IV, 3).

(2) Joan., IV, 35.

(3) *Ibid.*, 4.

(4) *Ibid.*, 6.

¡Oh! cuán activo es el Sacerdote que conoce el precio de las almas, cuán emprendedor, y cómo economiza hasta los instantes! Los tiene del todo consagrados á la salvación de sus hermanos. ¿Adónde dejaría de ir él? ¿Qué no haría para salvar aunque no fuera más que uno tan solo? Busca, inventa, sorprende las ocasiones favorables. En donde cualquiera vería apenas un encuentro casual, halla él un designio misericordioso de la Providencia. Mas si la caridad inflama su celo, la prudencia lo gobierna.

2.º Todo va ordenado con admirable sabiduría para la conversión de la Samaritana. A fin de que nada estorbe á la confianza de esta pecadora, que no se hubiera atrevido á exponer sus dudas, á proponer sus preguntas y á revelar sobre todo sus desórdenes en presencia de los discípulos, ellos están ausentes: el momento está bien escogido; y cuando estén de regreso, Jesús no dejará de hacerles comprender el elevado fin de una conversación por la cual ha cumplido la voluntad de su Padre trabajando en la salvación de las almas. «Me instáis para que coma, les dijo, ¡ah! yo tengo un alimento que no conocéis vosotros: *Ego cibum habeo manducare quem vos nescitis.*» Hacer que vivan las almas con la vida misma de Dios: ese es su alimento, esa su vida.

La sed que padece le sirve de ocasión muy propicia para ganar á esa persona por la confianza que le muestra; le pide de beber, á pesar de la honda antipatía que separaba á los Judíos y á los Samaritanos: *Da mihi bibere.—Quomodo tu, Judæus cum sis, bibere a me possis, quæ sum mulier Samaritana?* Con santa habilidad, lejos de discutir con ella las causas de la separación que dividía á los dos pueblos, la distrae de esto, y convierte su atención, despierta su curiosidad y empieza á manifestársele. «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, quizás le habrías pedido tu misma lo que te pide El, y El te habría dado una agua viva, mil veces más excelente que aquella en la cual estás pensando!» Le explica las propiedades de esa agua maravillosa,

que apaga para siempre la sed, y que corre hasta la vida eterna. Este don de Dios es el Espíritu Santo; esa agua viva son sus gracias santificadoras. Jesús es su manantial inagotable; El puede hacer que corra en las almas, para purificarlas y calmar su sed. La fidelidad á la gracia conduce al Cielo: ¿cómo, pues, tendrían sed, pregunta San Agustín, aquellos de quienes está escrito: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos?* (1). Luego si esta agua es el don de Dios, y si Jesús la da, Jesús es Dios. Así gradualmente, con un lenguaje sencillo é inspirado por las circunstancias, levanta poco á poco á esa alma hasta el conocimiento de su divinidad y de los más sublimes misterios. Modelo admirable de discreción y prudencia en el gobierno de las almas! Modelo también de la más conmovedora suavidad.

3.º No ignoraba Jesucristo que esa mujer vivía en el desorden: por de pronto no deja notar que lo sabe, ó más bien habla como si no lo supiese: *Voca virum tuum.* Por una atención llena de condescendencia da el nombre de esposo al cómplice de sus desórdenes. Se diría que teme el hablarle de su crimen; se contenta con ponerla en camino de reconocerlo y declararlo, primer paso de la penitencia verdadera. ¡Oh Sacerdotes! ¿queréis conquistar una alma extraviada? Emplead los medios más suaves; son de ordinario los más eficaces. Cuidad de acomodaros á la índole del pecador, á sus disposiciones, y en cierto modo, aun á sus pasiones. Hay quien consiguió destruir el libertinaje tratando con suavidad al libertino, en el cual se habría estrellado infaliblemente un celo rudo; si exacerbáis al herido, él ha de ocultar su llaga; curáis, si compadecéis al enfermo y á la herida: *Vitia amentium sicut et corporum molliter tractanda* (2).

(1) Ps., XXXV, 9.

(2) Senec.

PUNTO II

Resultado del celo en la conversión de la Samaritana

Las primeras palabras de Jesucristo habían prevenido á la pecadora en su favor; ella le escucha con atención, cree en El, y viéndole sólo como á su Dios y á su Mesías libertador, llega á ser de repente y de una vez arrepentida cristiana y apóstol. Adora á Jesús, le ama, y como el amor no es indolente, al punto *reliquit hydriam*, se exime de otro cuidado, y ardiendo en el deseo de hacerle conocer, parte, corre á la ciudad, publica por todas partes el feliz encuentro que acaba de hacer. La que hasta entonces había sido esclava de sus pasiones, se halla cambiada en un instante; ya no se cuida de lo que iba á hacer en el pozo de Jacob, y piensa únicamente en comunicar á los demás la gracia que ha recibido: «Venid, les dice, venid á ver á un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿no será quizás el Mesías? *Numquid ipse est Christus?*» Ella no lo duda, pero así como Jesús compadeció la suya, compadece á su vez la debilidad de los demás. Podía haberse contentado con decirles: Venid á ver á un gran profeta; pero á fin de acreditarlo ante ellos con mayor seguridad, no se avergüenza de confesar que le ha declarado todo el mal que ha hecho. El alma abrasada en el amor divino, ya no es sensible á la estima de las criaturas: se entrega al fuego celestial que la inflama.

Los Samaritanos van al Salvador, preparados los unos, los otros convertidos ya por esa mujer: *Exierunt ergo de civitate et veniebant ad eum... Multi crediderunt in eum... propter verbum mulieri...; et multo plures... propter sermonem ejus* (1). Admiramos en esto la eficacia poderosa del apostolado mutuo, y las ventajas que de él puede sacar el verdadero celo.

Hacedme penetrar, Señor, el profundo sentido de estas palabras: *Si scires donum Dei, et quis est qui dicit*

(1) Joan., IV, 30, 39.

tibi: Da mihi bibere. Vos las dirigís al pecador cuando le enviáis el buen pensamiento de volver sobre sí y de reconciliarse con Vos: «Ciego, si tú conocieras el don de Dios, la gracia que te ofrezco, el precio de la inocencia, la paz que lo acompaña y los eternos bienes que le siguen! *Si scires!*... Si al menos quisieras conocer al autor de la gracia, á Dios, principio de tu ser, la dulzura y la gloria de su servicio, los castigos que reserva á sus enemigos, la extensión de sus misericordias, el deseo que tiene de colmarto de sus beneficios: *Si scires., et quis est qui dicit tibi: Da mihi bibere,* buscarías con empeño lo que ahora rechazas con desprecio. Sólo falta á tu felicidad el buscarla en donde está.»

Vos repetís con frecuencia á vuestros Sacerdotes, ¡oh Dios mío!, y sobre todo á vuestros Sacerdotes recogidos esta misteriosa palabra: *Si scires...* «Si tú supieras la alegría que me causas cuando te consagras á agradarme, cuando te veo completamente ocupado en el empeño de ganarme almas!» Amable Salvador, me la estáis diciendo á mí mismo en este instante, en el cual me dispongo á ejercer la más divina de todas mis funciones: «Si tú comprendieras! *Si scires...!*» Y me la diréis de modo más commovedor aun, cuando después del sacrificio, estéis dentro de mí como un amigo en casa de su amigo: *Si scires!... et quis est!*... «Si tú supieses quién soy y cual es el don que te traigo cuando me doy á tí!.. Si conocieses mi amor y los designios de mi caridad en la visita que te hago!...»

Sabiduría eterna, luz de la luces, alumbradme: purificad mi corazón con los rayos de una fe viva: *Fide purificans corda;* y cuando habitéis en mi alma dignaos derramar en ella nueva claridad, á fin de que conozca más y más, y aprecie en lo que vale, un don que no es otra cosa sino Vos mismo. No, Señor, ya no retendré cautiva á la verdad; os manifestaré á mis hermanos, les enseñaré á amaros, á servirlos y á comunicar el don de vuestro amor. ¡Ojalá mi oración pueda seros tan agradable como la de Salomón al

pediros la sabiduría, para que podáis responderme como á él: *Ecce feci tibi secundum sermones tuos, et dedi tibi cor sapiens et intelligens!* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Trabajo del celo en la conversión de la Samaritana.* 1.º *Su actividad industriosa.* El Sacerdote celoso no reposa ni descansa. El Buen Pastor no ahorra ni viajes ni fatigas: *oportebat eum transire per Samariam.* Busca, inventa, sorprende las ocasiones favorables. 2.º *Su discreción.* En la conversión de la Samaritana todo va gobernado con admirable sabiduría. La sed que el Salvador padece le brinda natural ocasión para ganar á esa alma con la confianza. La levanta gradualmente al conocimiento de su divinidad. 3.º *Su dulzura.* Conoce, y aparenta no conocer sus desórdenes, y así la lleva á hacer ella misma su confesión: *Vitia mentium sicut et corporum molliter tractanda.*

PUNTO SEGUNDO.—*Exito del celo en la conversión de la Samaritana.* Las primeras palabras del Salvador le habían ganado la confianza de la pecadora: en un solo instante llega á ser penitente, cristiana y apóstol. Adora á Jesucristo y arde en deseos de hacerle adorar. *Si scires donum Dei!* Profunda palabra! Dios la dirige á los pecadores; la dirige con frecuencia á sus Sacerdotes sobre todo cuando han bajado del altar, ó cuando se preparan á subir á el.

MEDITACIÓN LXI

La predicación.—Ministerio completamente divino

- I. En su principio.
- II. En su fin.
- III. En su eficacia.

(1) III. Reg., VIII, 12.

PUNTO I

El ministerio de la predicación es del todo divino en su principio

Lo hemos recibido de Dios, lo ejercitamos en su nombre; lo ejercita Dios mismo en nosotros y por nosotros.

Escribiendo San Pablo á los primeros cristianos, se empeñaba en hacerles subir hasta el adorable origen de las instrucciones que les daba: No os engaños, yo no os he predicado mi Evangelio, sino el Evangelio de Dios: *«Evangelium Dei evangelizavi vobis»* (1). En otro lugar les felicita por haber escuchado sus enseñanzas como si hubiesen sido de Dios mismo, ya que en efecto es Dios, quien les ha instruido por medio de sus ministros (2). ¡Glorioso privilegio de todo predicador Católico! Se presenta á los hombres de parte de Dios, y todo cuanto va á decirles en nombre de ese Soberano y gran Señor, no es ni la invención de su inteligencia, ni la de ningún genio superior cuyos pensamientos emplea; es la palabra de Dios.

El Salvador nos ha dicho como á los apóstoles: «Id, predicad mi Evangelio á toda criatura: el que os escuche, á Mí me escucha. Podemos, pues, repetir á aquellos á quienes vamos enviados, sea cual fuese su linaje y condición, lo que los profetas decían sin cesar: *Audite verbum Domini. Audite verbum Regis magni. Audite principes. Audite, domus Jacob., reges Juda. Hæc dicit Dominus exercituum.* La mayor gloria para un orador profano es el hablar en nombre de su príncipe, el defender sus intereses y los de su patria; el orador sagrado es el intérprete de la Divinidad. Por eso los hermosos títulos de hombre de Dios, embajador de Jesucristo, ángel de paz, que nos dan la Escritura y la Tradición.

«Tenemos regocios en el Cielo, dice Bossuet, ó me-

(1) II Cor., XI, 7.

(2) Thess., II, 13.

por, sólo tenemos negocios en el Cielo; Jesucristo no tiene á menos ser nuestro agente allí. Por su parte, Dios tiene negocios entre los hombres; tiene almas que salvar, escogidos que reunir en toda la tierra..... Tiene también sus agentes; son sus ministros: *Pro Christo legatione fungimur, tamquam Deo exhortante per nos.*» (1).

Dios ha hecho la paz con el mundo, y nosotros somos los delegados para hacerla; nos toca, pues, el publicarlo, el exhortar á los pueblos para que guarden sus condiciones: *Possuit in nobis verbum reconciliationis* (2). En esto se fundan las magníficas expresiones, y las figuras con las cuales los Doctores de la Iglesia han sublimado el oficio de los predicadores. Su pecho, según San Gregorio, es el pabellón de nuestro divino Rey, que va por el mundo á conquistar las almas: *Dum catenis vinctus Romam peteret Paulus mundum occupaturus, latens in ejus pectore, quasi sub tentorio ibat Deus* (3). Son los heraldos, los precursores de Jesucristo, la voz que clama: Preparad los senderos del Señor: *Prædicatores sunt venturi Domini præcones.....* (4). San Bernardo los llama: *Patres Christi generando, matres Christi pariendo*. Si ellos engendran á Jesucristo en las almas, poniendo en ellas la fe, engendran también á las almas en Jesucristo, haciéndolas entrar en su cuerpo místico que es la Iglesia: *Per Evangelium ego vos genui.* ¡Ah! cuánto respeto es debido á esta sublime función! ¿La he honrado en mí por la elevación de sentimientos y la eminente santidad que ella supone? ¿He hecho siempre hablar á Dios, de una manera digna de Dios?

(1) II Cor., V, 20.

(2) Ibid., 19.

(3) Moral., l. 27.

(4) Ibid.

PUNTO II

El ministerio de la predicación es del todo divino en su fin

Como viene de Dios, así mismo conduce á Dios. Unirnos por la obediencia y por el amor á Aquel que es al propio tiempo nuestro primer principio y nuestro último fin, eso es á la vez nuestro deber, nuestra gloria y nuestra felicidad. Mientras dura la vida presente Dios no busca sino el allegarnos á El, si ofendiéndole nos hemos alejado; ó si ya le amamos, á hacer siempre más estrecha nuestra unión con El. Con este fin se sirve principalmente de su palabra, que la hace anunciar á los hombres por sus embajadores, porque Dios tiene para los hombres admirables atenciones (1), trata con ellos, hasta cierto punto, como de potencia á potencia, y se acomoda á sus disposiciones. ¿Qué ve sobre la tierra? Amigos ciertos, amigos dudosos y vacilantes, enemigos de clarados; en otras palabras: justos, tibios y pecadores. Todos necesitan la divina embajada; ella es enviada para todos.

La palabra de Dios es necesaria á los justos para adelantar en la justicia y á fin de no decaer. Para adelantar, por cuanto el hombre crece en la vida cristiana por medio de la misma palabra que le ha hecho nacer á esta vida (2). El corazón de este fiel está lleno de buenos deseos, sus manos se ocupan en obras santas: son flores que alegran al Cielo, y excelentes frutos aún; pero no tardarían en ajarse y corromperse, si la palabra santa comparada en la Escritura á un bienhechor rocío, quedara por mucho tiempo sin caer en su alma.

La predicación le es muy necesaria á los tibios y á los pecadores.— A los primeros les hace oír reproches que les mueven, aterradoras amenazas: *Habeo*

(1) *Cum magna reverentia disponis nos.* (Sap., XII, 18.)

(2) I Cor., IV, 15.

adversum te quod charitatem tuam primam reliquisti. Memor esto unde excideris. Quia tepidus es, incipiam te evomere ex ore meo..... Despierta de su sueño á las almas entorpecidas, previene un rompimiento completo con Dios, y las restablece y hace que sean ferrosas en su amor. ¿Quién no se admira de ver como un Dios tan grande envía embajadores, aun á sus declarados enemigos? ¿Tiene algo que temer acaso el Omnipotente de esos gusanos de la tierra que locamente pretenden dirigir sus armas contra El? Sin embargo no se contenta con esperarles; se humilla hasta ofrecerles la paz, les ruega, les obliga á no agotar su paciencia, y á aceptar su trono con su amistad.

Así, de todos modos la predicación lleva, conduce y une á los hombres á Dios; es, pues, divina en su fin. Por ella, ¡oh Sacerdotes! apaciguáis las tempestades de las pasiones, ó excitáis en las conciencias la saludable turbación de los remordimientos: por ella enseñáis la verdad, confundís el error, combatis el vicio, establecéis la virtud, hacéis reinar la paz de Dios y al Dios de paz en los corazones!... ¡Cuán hermoso es vuestro ministerio, obreros evangélicos! *Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!* (1). ¡Ah! ¡cuán bien merece vuestra estima y vuestra abnegación!

PUNTO III

El ministerio de la predicación es del todo divino en su eficacia

En boca de Nathán una alegoría de extrema sencillez es un rayo de fuego que atraviesa el corazón de David y le convierte en modelo de los penitentes. Nínive se salva por una advertencia del profeta Jonás. No ha empezado aun Esdras la interpretación de la divina ley, apenas ha leído algunas palabras, y ya todo el pueblo cae de rodillas, adora á Dios

(1) Rom., X, 15.

con lágrimas y arrepentimiento. No se oye otra cosa que gemidos, y es necesario que los Levitas moderen esos arranques de sensibilidad que apagan la voz del santo Sacerdote: *Flebat omnis populus, cum audiret verba legis.... Levitæ autem silentium faciebant in omni populo, dicentes: Tacete...., et nolite dolore* (1). Por la predicación de los apóstoles ha dado al mundo el Espíritu Santo una especie de segunda creación, y ha renovado la faz de la tierra (2). ¿De qué necesitaron esos hombres sin letras para conquistar el universo á la Cruz, á las humillaciones, á la abnegación, en una palabra á la penosa ley del Evangelio? De ninguna otra arma sino de la palabra de Dios.

Más tarde, fué imposible no reconocer su divino poder en la predicación de los Vicente Ferrer, de los Antonio de Pauda, de los Javier, de los Claver, de los Francisco de Sales. ¿Y no se ve aun todos los días al hombre que se ama tanto, que tanto se envanece, llegar á ser superior á sí propio, por la virtud de esta palabra santa; superior á sus sentidos para crucificarlos, á sus pasiones para domarlas, á sus intereses temporales para renunciarlos, al mundo para despreciarlo? La doctrina que anunciamos es siempre tal como la describe el apóstol san Pablo: *Vivus est sermo Dei et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti, et pertingens usque ad divisionem animæ ac medullarum, et discretor cogitationum et intentionum cordis* (3). ¿Hasta dónde no penetra ella?... ¿Quién dirá las cadenas que quebranta, las felices divisiones y las uniones santas que opera? No hay ni un pastor que no haya visto con sus ojos el cumplimiento de esta promesa del Salvador. *Ecce ego vobiscum sum.. Qui vos audit me audit. Non vos estis qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri qui loquitur in vobis.*

¡Oh Sacerdote, órgano de Dios, promulgador é intérprete de su ley! Comprende la excelencia de tu

(1) II Esd., VIII, 9, 11.

(2) Ps., CIII, 30.

(3) Hebr., IV, 12.

ministerio. ¿Cómo lo has desempeñado hasta ahora? ¿Cuáles han sido sus frutos? ¿No te verás obligado á confesar que la palabra santa no ha sido en tus labios el rocío que fecundiza, el fuego que alumbraba al propio tiempo que purifica é inflama? Busca la causa de esta falta de eficacia que no es natural. Quizás descubras que es de parte de Dios y con relación á ti una de esas pruebas á las cuales somete con frecuencia á sus más fieles ministros, y entonces no quedará tu pena sin consuelo; si la conciencia te reprocha empero del bien que no has hecho y que por la predicación podrías hacer, teme la cuenta que ha de dar de tan precioso talento. El Salvador, á quien vas á recibir en el altar, te enseñará, si se lo pides, á manejar esa espada espiritual, y á convertirnos en obrero evangélico, según lo que pide San Pablo: *Operarium inconfusibilem recte tractantem verbum veritatis* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El ministerio de la predicación es del todo divino en su principio.* Lo hemos recibido de Dios: *Evangelium Dei evangelizavi vobis.* Glorioso privilegio del predicador católico; lo que él va á decir á los hombres no es invención humana, es la palabra de Dios.—El Salvador les ha dicho: El que os oye, á Mí me oye. Por eso se le ha dado el título de embajador de Dios.—Ejerce su ministerio en nombre de Dios, Dios mismo lo ejerce en él y por él.

PUNTO SEGUNDO.—*El ministerio de la predicación es completamente divino en su fin.* Como viene de Dios, á Dios conduce á justos, tibios y pecadores, puesto que todos necesitan de El. La palabra de Dios sostiene y hace adelantar á los justos, despierta á los tibios, previene el total rompimiento con Dios, reconcilia con El á sus más declarados enemigos... Cuán hermoso es vuestro ministerio, obreros evangélicos.

PUNTO TERCERO.—*El ministerio de la predicación es del todo divino en su eficacia.* Prodigios de la gracia han manifesta-

(1) II. Tim., II, 15.

do siempre la acción de Dios en su palabra. Nathán, Jonás, Esdras en la ley antigua, los apóstoles, los Vicente Ferrer, los Javier, los Francisco de Sales después de Jesucristo han mostrado el poder de esta divina palabra. Nada ha perdido ella de su eficacia. ¡Oh Sacerdotes, órganos de Dios, promulgadores de su ley! ¿habéis comprendido la excelencia de este ministerio? Cómo lo habéis ejercido?

MEDITACIÓN LXII

Obligación de predicar

- I. He comprendido su gravedad?
- II. He medido su extensión?

PUNTO I

La obligación de predicar es la principal del Sacerdote como pastor

Santo Tomás llama á este deber: *Principalissimum officium.* Y en verdad, si hemos sido salvados por la fe y por la invocación del nombre del Señor (1), la fe y la oración se desprenden de la predicación como los arroyos del manantial; porque pregunta San Pablo: *Quomodo invocabunt in quem non crediderunt? Aut quomodo credent ei quem non audierunt? Quomodo autem audient sine prædicante? Ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi* (2).

1.º Obligación de derecho divino. En todas las edades del mundo, ha tenido Dios sus embajadores ante los hombres. Hoy les habla por sus Sacerdotes, como les habló en otro tiempo por sus profetas; tanto á los unos como á los otros les está impuesta la misma obligación, y bajo las mismas penas: *Clama,*

(1) *Qui credit in me, habet vitam æternam* (Joan., VI, 47).—*Omnis quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit* (Act. II, 21).

(2) Rom., X, 14, 17.